

la modernización y el progreso. De hecho, el uso racional y científico de los recursos naturales era el camino a un progreso seguro.

Este libro es, principalmente, una historia institucional, parte de la historia de la construcción del Estado-nación en Brasil después de 1930. Los autores hacen una historia desde la perspectiva de una élite intelectual que ostentaba el poder, sin mencionar el posible impacto de estas normativas ambientales ni el papel de otros actores sociales. ■

Ana María Martínez Santamaría, Universidad de Granada

Oliva López Sánchez. De la costilla de Adán al útero de Eva: el cuerpo femenino en el imaginario médico y social del siglo XIX.

México: UNAM Facultad de Estudios Superiores Iztacala; 2007, 161 p. ISBN 978-970-32-4824-4.

La psicóloga e historiadora mejicana Oliva López nos ofrece este texto que parte de la historia como herramienta para desnaturalizar muchas desigualdades contemporáneas, incluyendo, en este caso, las bases biológicas que respaldan la visión hegemónica sobre el cuerpo de las mujeres. Organizado en ocho episodios, el texto recorre la historia de la construcción médica del cuerpo femenino en el Méjico del XIX.

El primer episodio (complementario del quinto) se refiere a las ideas médicas de los influyentes médicos españoles Viguera (también estudiado por Catherine Jagoe en *La mujer en los discursos de género: textos y contextos en el siglo XIX*, Icaria; 1998) y Monlau, además del norteamericano Gaillard. A lo largo del siglo, el placer sexual de las mujeres pasó de ser valorado por su vinculación —en la teoría galénica— a la procreación, a convertirse en una patología, a medida que las teorías hormonales fueron desbancando al modelo galénico. Al socaire de las nuevas ideas médicas, el útero perdió también su protagonismo simbólico como animal «enjaulado» en el interior de otro cuerpo y como fantasma temido de una voraz sexualidad femenina, fuente principal de la histeria. Las teorías higiénicas sirvieron de pretexto científico para moralizar la sexualidad de las (cada vez más definidas como pasivas) mujeres, que quedaban enjauladas pero, ahora, en el estricto marco del matrimonio.

El segundo episodio se refiere a cómo la medicina de la época, a través de obras como la del norteamericano Thomas Gaillard, difundida en Méjico, contribuyó a construir una visión debilitante de las mujeres de clase media para justificar su exclusión social. Quizá el capítulo más original es el tercero, dedicado a la obra del médico mejicano Francisco Flores (*El Himen en México*; 1885), una muestra del afán calculador del

positivismo, profundamente anclado a la mentalidad más intimidante de las ciencias médicas. Flores fue el fundador de la «himenología» —una ciencia dedicada a objetivar la castidad con horrendas y minuciosas descripciones de hímenes y análisis de las fuerzas destructivas necesarias para violentarlos—, esta ciencia estuvo al servicio de la preservación de la virginidad, tanto como de acotar el derecho a romperla. Dentro de las ciencias misóginas mundiales, fue una auténtica especificidad mejicana que llegó casi a institucionalizarse con la creación del Instituto Nacional del Himen. En el cuarto episodio se explora, de manera más somera, aspectos igualmente relevantes como la formulación de «la mujer indígena» por unas ciencias médicas menos interesadas en su virginidad que en ocultar, con argumentos científicos sobre la constitución racial, el impacto de la pobreza.

Los últimos episodios plantean, en primer lugar (episodio seis), la definición de lo «normal» en la diferencia sexual, a través de publicaciones aparecidas en *La Gaceta Médica de México* sobre Guadalupe Vargas, etiquetada como «hermafrodita». Como nos indica la autora, antes de la plena incorporación de la medicina de laboratorio, los genitales externos eran la marca de la identidad masculina, mientras que la fertilidad lo era para la etiqueta «mujer». En segundo lugar (episodio siete), cómo las prescripciones moralizantes de la Higiene, con una lógica hidráulica de las emociones —y monogámica de la sexualidad—, trataron de imponer la estricta moderación sexual.

Comparto la idea de que —como plantea Oliva López con palabras de Christiane Northrup— para recuperar la «sabiduría corporal» es necesario conocer las influencias sociales sobre nuestros cuerpos. Sin embargo, a pesar de la advertencia, se corre el riesgo de insistir en versiones que aceptan sin discusión la docilidad social ante los discursos de la dominación aunque, no cabe duda, que tratar de explorar el alcance y límites de la dominación no es un camino fácil de frecuentar. Como aspectos débiles del libro, pueden citarse también tanto la errática fórmula de citación como algunas ausencias notorias en la bibliografía de trabajos de Nerea Aresti (*Médicos, donjuanes y mujeres modernas*, UPV; 2002, por ejemplo) o los de, la también mejicana, Laura Cházaro publicados en el volumen 24 de esta revista (*Pariendo instrumentos médicos*), o el anterior que coordinó junto a Rosalina Estrada (*En el umbral de los cuerpos*; UAM-Puebla; 2002).

El libro contiene, a mi entender, una gran fortaleza, la de contar con un lenguaje accesible y cuidado, aspectos complejos de la historia de las mujeres y de las ciencias, de manera que la obra puede ser leída por un público amplio, lo que abre, también, su interés docente. Se trata, en resumen, de una útil síntesis de pedagogía feminista, escrita desde la historia de las ciencias médicas que, como nos indica Oliva López, permite examinar cómo se reciclan los discursos de la dominación. ■